

CATEQUESIS 3 - JMJ

“DESCUBRIR EL PROPIO NOMBRE EN COMPAÑÍA”



“Por eso doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en cielo y tierra, para que os conceda por la riqueza de su gloria fortaleceros internamente con el Espíritu, que por la fe reside el Mesías en vuestro corazón, que estéis arraigados y cimentados en el amor, de modo que logréis comprender, junto con todos los consagrados, la anchura y longitud y altura y profundidad, y conocer el amor del Mesías, que supera todo conocimiento.

Así os llenaréis del todo de la plenitud de Dios. El que, actuando eficazmente en nosotros, puede realizar muchísimo más de lo que pedimos o pensamos reciba de la Iglesia y del Mesías Jesús la gloria en todas las generaciones por los siglos de los siglos. Amén.”

Efesios 3, 14-21

a) DESCUBRIENDO NUESTRO VERDADERO NOMBRE...

(Símbolo: una piedrecita)

El primer paso para vivir un verdadero encuentro es conocer el nombre de la persona con la que entramos en relación y darle a conocer el nuestro. Pero, como sabemos, nuestro verdadero “nombre” es mucho más que el que figura en nuestro DNI: nuestro nombre, en su sentido más hondo, revela nuestra identidad más profunda, el verdadero yo que se esconde detrás de las apariencias y que a veces ni siquiera nosotros mismos llegamos a conocer del todo. Ese secreto último de nuestra persona nunca lo damos a conocer en un primer momento: sólo se lo revelamos a quien consideramos ya nuestro amigo, como en aquel proverbio árabe: “Nunca serás amigo de tu amigo hasta que os hayáis comido juntos un celemín de sal”. Lo mismo que la sal se toma de pocos en pocos y hacen falta compartir muchas comidas para completar esa medida de capacidad. Sólo después de muchos momentos de encuentro interpersonal tejido de diálogos, puntos de vista compartidos, confidencias y secretos intercambiados, llegamos a conocer algo del nombre del otro y nos atrevemos a confiarle, poco a poco, el nuestro.

Cuentan que un día, un niño contemplaba cómo un escultor estaba trabajando un gran bloque de mármol y muchos trozos caían al suelo. El niño se cansó de

mirar y se fue. Al cabo de unas semanas, volvió a casa del escultor y vio, en lugar del bloque de mármol, la estatua de un magnífico león. Sorprendido, preguntó al escultor: “¿Cómo sabías que había un león en el mármol?”. “Porque mi corazón sabía que estaba allí”, respondió el escultor.

Lo mismo que en este cuento, nuestra verdadera identidad sólo se muestra cuando sentimos la confiada seguridad de alguien que nos hace sentir que está convencido de la autenticidad y la belleza de ese nombre único que es el nuestro y que se esconde bajo la superficialidad y la apariencia.

- Podemos evocar alguna experiencia en la que hemos sido capaces de mostrar “nuestro verdadero nombre” a alguien y qué fue lo que nos ayudó a exponernos tal como somos, sin miedos ni disimulos.
- Expresar acuerdos o desacuerdos con estas afirmaciones:
 - La preocupación por la imagen, los modelos que nos imponemos o que otros nos imponen, nos impiden con frecuencia vivirnos y mostrarnos con normalidad y aceptación.
 - Con frecuencia vivimos descoyuntados y divididos entre lo que nos gustaría ser y lo que realmente somos, entre la imagen que querríamos dar y la autenticidad de nuestro nombre.
 - Con frecuencia sentimos la necesidad de ser realmente quienes somos, de volver a la casa de nuestro nombre para habitar nuestro propio cuerpo físico, espiritual, psicológico, afectivo..., sin malas imitaciones ni falsificaciones...

Podemos equivocarnos a la hora de “poner nombre” sólo por sus apariencias, sin arriesgar nuestra confianza hasta decir sobre ellos: “Mi corazón sabe que tu verdadero nombre está ahí, aunque no sea aún capaz de conocerlo. Mi mirada descubre ya la belleza que hay en ti”

- Escuchar la canción de Juanes “Volverte a ver”¹

Darí lo que fuera por volverte a ver
Darí hasta mi vida y mi fusil, mis botas y mi fe
Por eso en la trinchera de mi soledad
Tus ojos son mi luz y tu esplendor mi corazón.

- Invitamos a dialogar sobre nuestras posibilidades de llegar a ser en nuestras relaciones más importantes escultores que adivinan el verdadero nombre que se esconde debajo de lo impenetrable y oculto de las personas. ¿Cómo ayudar a los demás a mostrarse como realmente son?

b) EN TERESIANO

En la Familia Teresiana recordamos con frecuencia estas palabras que repetía SAN ENRIQUE DE OSSÓ “**conocernos y conocerle para hacerle conocer y amar por todos**”.

¹ Del disco *Mi sangre*, 2004, Universal Music Latino

Hereda este empeño sobre el propio conocimiento de su gran maestra: TERESA DE JESÚS. Ella recorre el camino que le lleva a descubrir su ignorancia de la verdadera identidad a través del **propio conocimiento**. Le ayuda desde el principio a quitar sus máscaras y a situarse con objetividad en lo que realmente es, ni más ni tampoco menos. (1M, 1-8) (CP 39,5) **“A mi parecer jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios”** (1 M 2,9-11)

A menudo reducimos lo más importante de la vida a secundario y lo secundario lo hacemos esencial. Nos dedicamos a lo urgente y vamos olvidando lo importante entre las prisas y la agenda repleta... ¿Qué hay más importante que nuestra propia persona? Están de moda las visiones positivas sobre uno mismo, las terapias de empoderamiento, los recursos para dar a nuestras personas cuidados, derechos, etc.... Y, sin embargo, a menudo vivimos la esquizofrenia de embarcarnos en estas corrientes cuando ni siquiera estamos convencidos de nuestro valor personal, ante nosotros mismos; cuando seguimos apoyándonos en las valoraciones de otros; cuando aun tenemos muchas heridas y mucha necesidad de poner la identidad en máscaras que nos aseguran fachada, poder etc.... Y por ello, cuando esas máscaras se nos van cayendo, surgen depresiones, surgen sin sentidos, surgen enfermedades por falta de estima y muchas cosas más. **Si nuestro Dios se hizo hombre y se encarnó, toda la persona queda salvada.**

TIEMPO DE REFLEXIÓN PERSONAL

1. En esta cultura de cuidado del cuerpo, de modelos físicos, de modas y de sex-symbols, ¿tengo alguna deuda aún con mi cuerpo? ¿Me vivo a mí mismo como imagen de Dios? ¿En qué pongo mi identidad, en la inteligencia, en el trabajo, en lo que soy? Pensando en las distintas etapas por las que voy pasando en la vida y las distintas situaciones, ¿ha ido cambiando la conciencia de mi identidad y va siendo cada vez más real, menos aparente, más firme, humilde?
2. Las máscaras de mi vida seguramente van cambiando, y seguramente también no acaban nunca de caer... ¿Estoy satisfecho de lo que voy siendo por mí mismo, sin máscaras? ¿Desde dónde me relaciono con los demás? ¿Necesito aún de muchos “dioses”? Quizá presumo de no tenerlos pero en el fondo... ¿me da miedo verme y que los demás me vean en pobreza, con mis limitaciones? Y ante Dios, ¿quién soy?... Hay situaciones cotidianas que me dejan desnudo ante mí mismo, en las que se me caen los esquemas...
3. Cada uno de nosotros puede sentir que es “esa persona única”, con un nombre y una identidad siempre en viaje hacia sí misma, hasta ir desplegando en plenitud las propias capacidades, cualidades y valores y ponerlos al servicio de los demás. ¿En qué etapa de ese viaje te encuentras? ¿Cómo crees que puede ayudarte Teresa de Jesús? Descubre que la capacidad de amar es lo más importante de la persona.

TIEMPO PARA COMPARTIR
(Compartimos sólo la pregunta 3)

c) COMPARTIMOS LA ORACIÓN

- El profeta Isaías nos recuerda cómo nos conoce Dios y cómo somos conocidos y cuidados por Él:

Te he llamado por tu nombre, tú eres mío.
Cuando cruces las aguas, yo estaré contigo,
la corriente no te anegará;
cuando pases por el fuego, no te quemarás,
la llama no te abrasará.

Eres de gran precio a mis ojos, eres valioso y yo te amo;
no temas, que contigo estoy yo...(Is 43,2-6)

- Como sabemos, cuando en la Biblia Dios cambia el nombre a algún personaje (Abraham, Sara o Jacob en el AT; Pedro o Pablo en el NT...) está significando que El que nos conoce hasta el fondo, nos hace descubrir cuál es nuestro verdadero nombre y nos invita a recorrer un largo proceso para que ese nombre coincida del todo con nuestra realidad, como refleja este poema de Pedro Salinas:

Perdóname por ir así buscándote
tan torpemente, dentro
de ti.
Perdóname el dolor alguna vez.
**Es que quiero sacar
de ti tu mejor tú.**
Ese que no te viste y que yo veo,
nadador por tu fondo, **preciosísimo.**
Y cogerlo
y tenerlo yo en lo alto como tiene
el árbol la luz última
que le ha encontrado al sol.
Y entonces tú
en su busca vendrías, a lo alto.
Para llegar a él
subida sobre ti, como te quiero,
tocando ya tan sólo a tu pasado
con las puntas rosadas de tus pies,
en tensión todo el cuerpo, ya ascendiendo
de ti a ti misma.
**Y que a mi amor entonces le conteste
la nueva criatura que tú eras.**

En un tiempo de silencio, exponte tal como eres, delante de ese Dios que te conoce por tu nombre y ante quien eres valioso, precioso y amado.

En un texto del Apocalipsis se promete el don de ese nombre: Al que salga vencedor le daré maná escondido y le daré también una piedrecita blanca y la piedrecita lleva grabado un nombre nuevo que sólo sabe el que lo recibe. (Ap 2,17).

(Pasar un cestillo con piedrecitas) La piedrecita blanca que recibimos nos recordará nuestro "nombre nuevo".

Acabamos este rato de oración leyendo juntos el texto que nos ha guiado en los tres encuentros, propuesto desde las JMJ:

"Por eso doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en cielo y tierra, para que os conceda por la riqueza de su gloria fortaleceros internamente con el Espíritu, que por la fe resida el Mesías en vuestro corazón, que estéis arraigados y cimentados en el amor, de modo que logréis comprender, junto con todos los consagrados, la anchura y longitud y altura y profundidad, y conocer el amor del Mesías, que supera todo conocimiento. **Así os llenaréis del todo de la plenitud de Dios.** El que, actuando eficazmente en nosotros, puede realizar muchísimo más de lo que pedimos o pensamos reciba de la Iglesia y del Mesías Jesús la gloria en todas las generaciones por los siglos de los siglos. Amén."
Ef 3, 14-21

